

REVISTA TEOLOGICA

RECEIVED

SEP 4 1973



CONTENIDO DE ESTE NUMERO:

El Salmo del Pastor	1
La cuestión del sufragio femenino en las Asambleas y de la Ordenación de la Mujer al Ministerio según un análisis exegético	3
¡ "Salvad la Familia" !	15
Que dice Lutero del Sagrado Ministerio ..	18
' Para que todos sean uno '	31
Proceso a Judas	34
Bosquejos para Sermones	46
¿ Sabía Vd. . . . ?	48

PROCESO A JUDAS

Dice Jesús en su oración sacerdotal, refiriéndose a sus discípulos: "...voy a Ti, Padre Santo; guarda en tu nombre a los que me diste. Cuando yo estaba con ellos, yo los guardaba en tu nombre que me has dado y los defendí: y de ellos ninguno se perdió, a no ser el hijo de la perdición." (Jn. 11,12).

Estas palabras de Jesús constituyen una confesión; no una confesión de pecados. Jesús nunca tuvo que hacer tan trágica confesión. En esto no fue semejante a nosotros los hombres; nosotros no podemos por menos que confesarnos pecadores; si no lo hubiéramos seríamos unos hipócritas, porque solamente confesando nuestra verdadera condición podemos sabernos libres. La Biblia, que por ser Palabra de Dios, es veraz en todas y en cada una de sus partes, dice: "Si dijéramos que no tenemos pecado, nos engañaríamos a nosotros mismos, y no estaría con nosotros la verdad" (1 Jn. 1:8), "pero si confesamos nuestros pecados, El es justo y fiel, nos perdona nuestros pecados y nos purifica de toda iniquidad."

Aunque Jesús no tenía pecados que confesar, en el versículo que me sirve de texto, **confiesa que en cierto sentido ha fracasado**. Uno de sus discípulos, al cual amaba con devoción apasionada y tierna, se le ha escurrido entre los dedos. Con su corazón quebrantado confiesa que no obstante todo su amor y su constante cuidado, lo ha perdido. "A los que me diste, los guardaba en tu nombre, ninguno se perdió, a no ser el hijo de la perdición."

Si meditamos estas palabras de Jesús descubrimos que ellas no constituyen una confesión de fracaso, sino en realidad encierran en sí una declaración de victoria. Lo que Jesús decía era esto: "He guardado a muchos de los que me entregaste a mi cuidado. He guardado al impulsivo e inconstante Simón, no obstante sus debilidades y desatinos, mi gracia le ha sido suficiente. He guardado a Santiago y a Juan, los hijos del trueno, no obstante sus ambiciones y exclusivismos. He guardado a Mateo, no obstante lo apegado que estaba a la bolsa de los impuestos. He guardado a Tomás, aunque poseía un espíritu práctico: "Si no veía con sus pro-

pios ojos y metía su dedo en la llaga de mi costado no creería en mi resurrección." Pero Judas me ha defraudado. Judas ha disipado todos los sueños que tenía puestos en él. A pesar de todas las posibilidades que vi en su gran corazón, a pesar de todo lo que hice por él y me proponía hacer, ¡lo he perdido, Padre amado!"

Esta confesión de Jesús llama nuestra atención por muchos motivos; pero sobre todo, despierta nuestro interés a causa de la viva luz que arroja sobre la personalidad de Judas. ¿Qué pensáis vosotros los que leéis este alegato? ¿Qué pensáis de este hombre, Judas, quien después de haber vivido tres años con Jesús lo traiciona con un beso? ¿Qué se aprende de Judas en las palabras de Jesús que me sirven de texto?

La primera cosa que nos debería llamar la atención en este texto es esta: "Judas una vez perteneció al grupo íntimo de los amigos de Jesús, y por lo tanto debió haber sido un buen hombre. De otra manera no lo hubiera elegido Jesús para el apostolado". Al declarar Jesús que perdió a Judas está declarando que este apóstol gozó de la compañía de El y de Su protección como los demás apóstoles: "He guardado en tu nombre a los que me diste y los defendí". Judas fue un apóstol de Jesús y por lo tanto le perteneció, no obstante, el Señor confiesa que lo perdió.

Deberíamos interpretar bien estas palabras de Jesús. Sabemos que nadie puede perder lo que nunca ha tenido. Para perder una fortuna en el juego es necesario que primeramente dispongamos de ella, esto es, que la hubiéramos tenido. Judas perteneció a Jesús exactamente como le pertenecieron Pedro, Santiago, Juan, Mateo y los demás. Esto es lo que afirma el texto y lo que afirma está en armonía con todo lo demás que se dice de Judas en el Nuevo Testamento.

No faltan los que afirmen que Judas fue un diablo desde antes de que Jesús lo llamara el apostolado. Pero en ninguna parte el Nuevo Testamento presenta contra él semejante acusación. Lucas no nos dice que Judas fue un traidor, **sino que llegó a serlo**. Nadie puede llegar a ser un traidor si ya lo ha sido. El apóstol Pedro, refiriéndose a Judas dice "que cayó"; pero para que una persona pueda caer es necesario que haya estado en pie. Ahora bien, puesto que Judas

perteneció una vez a Jesús y “cayó traicionándolo”, me parece tener razón cuando afirmo que al principio —cuando Judas fue llamado al apostolado— **debió haber sido un buen hombre.**

La bondad de Jesús está demostrada por la confianza que, tanto Jesús, como los Apóstoles, tuvieron en él. Sabemos que cuando el Colegio Apostólico se organizó, eligió a Judas como tesorero. Esto nos indica que Judas era un hombre que gozaba tanto de la confianza de Jesús como de los demás Apóstoles. Es un hecho que nadie elige para este cargo a persona alguna que no se le tenga plena confianza. Nadie acostumbra colocar sus dineros en las manos de hombres o instituciones de los que se desconfíe.

Parece que algunos meses antes de que Su vida llegara a su fin reconoció Jesús la duplicidad de ánimo que había en Judas, pero sus colegas confiaron en él hasta el fin. El hecho está claro en los Evangelios. Cuando los Apóstoles se reunieron con Jesús para celebrar la Pascua, díjoles el Señor: “En verdad os digo que uno de vosotros, que come conmigo, me entregará.” En ese momento ninguno llegó a pensar en Judas, sino que cada uno pensó en sí mismo, y cada uno preguntó: “¿Acaso soy yo Señor?”.

Finalmente, la bondad de Judas está demostrada por el hecho de que Jesús lo eligiera para el apostolado. Ahora bien, antes de que Jesús pudiera llegar a hacer de Judas un apóstol, debemos hacernos dos opciones. Primeramente, **Judas debió haber elegido a Jesús.** Debemos preguntarnos, ¿cómo Judas llegó a ser un discípulo de Jesús? ¿Lo siguió por su propia voluntad? La Biblia al presentarnos a Judas nos dice que éste amaba el dinero. **Esta debió ser la pasión suprema de Judas antes de haberse encontrado con Jesús.** Pero un día el Maestro divino se le cruzó en el camino, le habló y lo invitó a que lo siguiera. Tan intensa debió haber sido la invitación que Judas volvió su espalda a las posibilidades de llegar a enriquecerse y lo dejó todo para seguir al Rabi que lo llamaba; y, obró de esta manera a pesar de que Jesús era conocido como hijo de la pobreza, y a pesar de la declaración que hiciera posteriormente, al afirmar que “la negación de uno mismo era absolutamente esencial para poder entrar en Su reino.

Algunos contestan estos argumentos afirmando que si Judas siguió a Jesús lo hizo por motivos mezclados. Creo que no es posible negar que Judas era un hombre con motivos mezclados; pero cualquiera que se crea libre de serlo, yo lo invitaría a arrojar la primera piedra contra él.

Sabemos que los apóstoles Santiago y Juan llegaron a ser hombres importantes y buenos, pero un día les ocurrió lo siguiente: ocultándose detrás de las polleras maternas, pidieronle a Jesús "un asiento destacado en Su reino: el uno a Su derecha y el otro a Su izquierda, y cuando sus compañeros de apostolado oyeron este pedido, con justicia hirvieron de indignación, no porque Santiago y Juan eran hombres con motivos mezclados, sino más bien porque buscaban honores que corresponderíanles a cualquiera de ellos. Los motivos que impulsaron a Judas a seguir a Jesús, no fueron en realidad perfectamente nobles. Pero no hay en la Biblia indicación alguna que esos motivos no fueran tan puros y tan nobles como los que impulsaron a los otros discípulos.

Pero no sólo Judas eligió a Jesús; sino que lo más interesante fue que Jesús eligiera a Judas. Esto no quiere decir simplemente que Jesús permitiera a Judas llegar a ser uno de sus apóstoles; sino que lo eligió como un íntimo, como uno para el Colegio Apostólico. Lo eligió como había elegido a los otros once: **después de haber pasado una noche en oración.** Lo eligió bajo la dirección divina. Podemos estar seguros que Judas no fue elegido al tun-tun.

La Biblia nos dice que Jesús conocía lo que había en el hombre —en todos los hombres— y no tenía necesidad de que nadie se lo enseñara. No es posible afirmar que lo eligió a sabiendas de que Judas era un pícaro. Esto no cabe en cabeza sana. Si Jesús lo hubiera elegido para que Judas jugara una parte importante en la terrible tragedia de la cruz, entonces, no era culpable de lo que hizo. Si Jesús lo llamó para que hiciera lo que hizo en Su propio perjuicio, entonces Judas no tuvo tanta culpabilidad por la participación que tuvo en la muerte del Maestro divino, traicionándolo.

¿Por qué, entonces, eligió Jesús a Judas? Lo eligió exactamente como eligiera a Juan. Lo eligió, indudablemente, porque era el mejor hombre que encontró para el puesto. Jesús sabía que Judas no era perfecto; conocía las posibi-

lidades que había en su corazón para el mal; pero también justipreció las posibilidades que habían en él para el bien. El terreno que es bueno para producir una buena cosecha de trigo debe también serlo para producir una buena cosecha de cizaña. Jesús debió apreciar la fertilidad para el bien en el corazón de Judas y debió desarrollar en él las buenas y grandes posibilidades que allí habían, de la misma manera que había llamado a los otros al apostolado, **como una aventura de fe.**

Según estos razonamientos debemos llegar a la conclusión de que Judas debió ser al principio un hombre bueno.

— II —

Pero Jesús perdió a Judas. El mismo lo confiesa: “Ninguno se perdió a no ser el hijo de la perdición”.

Es importante llagar a conocer cómo se produjo esta pérdida tan trágica. Cuando el Maestro divino confesó que había perdido a este hombre, Judas, lo hizo con profunda tristeza. Pero no hubo en su confesión ningún sentido de culpabilidad o de vergüenza. Jesús había hecho en favor de Judas todo lo mejor que podía hacer, como lo hace con cada uno de nosotros, contigo y conmigo. Debemos estar seguros que no perdió a Judas por acaso ni por ninguna causa parecida. Tampoco lo perdió porque así estaba dispuesto desde antes de la fundación del mundo. La expresión bíblica “para que se cumplieran las Escrituras”, es una manera de decir que frente al hecho las Escrituras fueron cumplidas... Jesús no eligió a Judas con deliberada mala intención. San Pedro nos hace penetrar en el secreto cuando nos declara que “Judas cayó a causa de la transgresión”.

Ahora: todo esto nos coloca en un terreno que nos es familiar. Judas cayó como nosotros podemos caer, por medio del pecado. Judas fue tan humano como lo somos cada uno de nosotros. Las posibilidades para el mal que hubieron en Judas son las mismas que se encuentran en mí y en ti. Todos tenemos la tendencia a olvidar esta verdad. Cuando abrimos juicio contra aquellos que han cometido grandes males, nos gusta pensar que los tales son muy diferentes a nosotros mismos; nos gusta pensar que mientras los tales estuvieron hechos de cieno y barro, nosotros estamos he-

chos de un material muy diferente y mejor. Pero todos los seres humanos nos parecemos, aunque no nos guste pensar de esta manera. ¿Sabe en qué nos parecemos? En que todos somos pecadores. El ser humano, según su propia experiencia, es un ser "perdido", esto es, "no vive satisfecho consigo mismo". Así se expresaba el patriarca Job de la antigüedad: "Estoy hastiado de mi vida". El salmista, en otro pasaje bíblico, escribe, no obstante ser un hombre que por su piedad llegó a merecer el apodo "del que tiene un corazón semejante al de Dios": "ay de mí; pues he pecado mucho en mi vida. Mis días se disipan como el humo, Las angustias ahogan mi alma, y de noche riego el lecho con mis lágrimas. Me encuentro solo y abandonado. Gusano soy y y no hombre". Y San Pablo, apóstol de Jesucristo, se expresaba de la siguiente manera: "¿Quién me librá de este cuerpo de muerte? Lo bueno que quisiera hacer eso no hago, mas lo malo que no quisiera hacer, eso hago". La diferencia entre el peor de nosotros y el mejor es en grados más bien que en calidad. Si cuando nos hemos examinado nunca hemos descubierto en nosotros las posibilidades de un Judas, no es señal de superior bondad sino de superior ceguera. Todos nosotros pasamos por el mismo camino que anduvo Judas; la única diferencia es que por la gracia de Dios no hemos ido tan lejos.

También debemos estar seguros de este otro hecho: **Judas cayó gradualmente**. Esto siempre es así. Ningún hombre alcanza la cúspide la santidad en un solo salto, ni cae en las profundidades de la perdición en un momento. Vamos al cielo "paso a paso" o nos hundimos en el infierno "poco a poco". Ambas cosas se deben a un proceso que cubre un lapso más o menos largo. **Así ocurrió con Judas.**

Judas se parece mucho a esos que manejan deshonestamente dineros que no les pertenecen. Hoy algunos pocos pesos, mañana unos pocos más. "¡Los repondré a fin de mes!", suelen decirse, pero "ese fin de mes" nunca llega. Y pasan los días, y las semanas y los meses y el interés en la restitución se va perdiendo poco a poco. Esto es lo que les ocurre a muchos de los que manejan dinero ajeno.

Ahora bien; pensando en Judas. ¿Comenzó a ser deshonesto de pronto? Judas sabía que Jesús lo conocía muy bien

por lo que era. Esto le molestaba más y más cada día. Se sentía agraviado cuando le oía decir al Maestro divino algo que consideraba un reproche a su propia personalidad. “¡Sabía ponerse el gorro!”. Cuando un día le oyó decir a Jesús: “No codiciéis. No caigais en la avaricia. La vida del hombre no consiste en los bienes que posee”; Judas debió sentirse molesto. Para Judas honesto las palabras de Jesús debieron parecerle dichas con mucha sabiduría; pero para Judas deshonesto estas palabras constituirían un reproche a su personalidad y debió hacerle rechinar los dientes de rabia.

Todos sabemos que cuando se nos reprocha algo inmoral que hemos cometido deliberadamente tomamos siempre una de estas dos actitudes: u odiamos lo que hemos hecho o pedimos perdón o nos llenamos de odio contra aquel que nos lo reprochó. Esto ocurre en todos los órdenes de la vida, inclusive en el religioso. Judas cuando se sintió reprochado por Jesús, directa o veladamente, se llenó de indignación y de odio. De un amante se cambió en un enemigo. Solemos decir de ciertos individuos que han pecado groseramente, que deben ser excomulgados —expulsados de la iglesia. Pero parece que Jesús no participaba de esta idea. El no admitía que con el ostracismo se obtendrían mejores resultados que con el amor; y la experiencia muestra cuán sabiamente pensaba.

Leí de cierto miembro de una congregación que se destacaba por su generosidad, pero quien poseía una gran debilidad: con frecuencia se le encontraba completamente borracho. No faltó quien en la congregación llegara a pensar que el tal hombre no merecía otra cosa que se le cerraran en las narices las puertas del templo; pero no faltaron otros que dieran muestra de sensatez no pensando de semejante manera. Estos sostenían que cerrando las puertas del templo no se llegaría a salvar a aquel pobre desgraciado, ni se causaría beneficio alguno a sus familiares.

Años más tarde una de las hijas de este hombre, joven encantadora, maestra normal, samaritana de la Cruz Roja, decidió ingresar en una escuela para diaconisas y consagrarse a la obra misional que desarrollaba la iglesia a la que pertenecía. Al principio, el hombre de mi historia, se rebeló contra la decisión de su hija —ser misionera en los barrios

suburbanos de una gran ciudad—, pero, finalmente consintió. No solamente consintió sino que unido a la congregación llegó a alcanzar una profunda y hermosa experiencia religiosa. Desde el mismo día en el que su hija fue consagrada como misionera, este hombre dejó la bebida y anduvo en novedad de vida. **La iglesia lo ganó por medio del amor.**

Reconozco que no siempre triunfa el amor. Aunque Jesús conservó a Judas en el Colegio Apostólico hasta el final, debió confesar que lo había perdido. Fue Judas la persona que condujo a la soldadesca y al populacho hasta el lugar en el que se encontraba Jesús orando, y fue Judas, quien dijo, dirigiéndose al Maestro divino: “¡Salve, Maestro!”, lo besó y lo entregó.

En esta escena pasó algo que nos parece terrible y nos causa asco y perplejidad: el beso que Judas diera a Jesús para darlo a conocer a los enemigos que venían a buscarlo. ¡Hasta Jesús se sintió asombrado! Reconoció que en la actitud de Judas no había amor sino odio y refinada satisfacción; reconoció que no había ningún extraviado entusiasmo. Yo sé que no faltan los que afirmen que Judas realmente amaba a Jesús y que al ponerse al frente de la soldadesca y de la turba no le obligó ninguna otra cosa que obligar al Maestro a hacerse valer; pero sabemos que Jesús reconoció que Judas lo estaba traicionando.

¿Traicionas tú al Hijo del Hombre con un beso?, le preguntó Jesús. Podemos estar seguros que Judas no cometió su asquerosa acción en un momento de locura, sino que traicionó a sabiendas de lo que estaba haciendo: deliberadamente.

— III —

¿En qué sentido Jesús perdió a Judas?

Una madre mostraba en cierta oportunidad al nuevo pastor de la congregación a la que acostumbraba concurrir el retrato de un hijito amado, mientras le decía: “Estuvo con nosotros por muy poco tiempo, luego... lo perdimos”. Lo que esta madre deseaba expresar era que aquel pequeño había muerto, pero para decirlo estaba usando una manera figurada de hablar. Lo que había ocurrido era que el Cristo

— 41 —

amante de los niñitos había tomado en sus brazos a aquel muchachito, había colocado sus manos sobre su cabecita, lo bendijo, y ahora lo estaba guardando a salvo en la casa de las muchas mansiones. No fue en este sentido que Jesús perdió a Judas.

Cuando Jesús confiesa que “perdió a Judas” nos está diciendo que en realidad “lo perdió” porque Judas había cesado de amarle y de confiar en El. En efecto, el amor de Judas se había transformado en odio y su fe en Jesús había muerto totalmente. Por lo tanto, cuando las horas oscuras vinieron sobre él, no se volvió en busca de Jesús sino que se fue a buscar a los enemigos del Señor. Es imposible mirar a Judas en esta hora tristísima de su vida sin sentir profunda lástima por él.

Después de haber traicionado a Jesús con aquel beso asqueroso e infame, después de haberlo visto salir del huerto preso por la soldadesca y la turba que lo odiaba, debió sentir en su pecho algo que le quemaba como carbón encendido. ¡Eran las treinta monedas de plata! ¡Debía desprenderse de ella cuanto antes! Y para ello corrió hacia los sacerdotes, hacia los enemigos de Jesús, y les arrojó a los pies aquellas monedas, diciéndoles: “He pecado traicionando sangre inocente”. Y, luego, con su corazón destrozado y sin ninguna esperanza, huyó de ellos con el propósito de eliminarse. **Jesús perdió a Judas en el momento en que éste dejó de amarlo y de confiar en El.**

¿Cuál fue el destino final de Judas?

En esto la Biblia es completamente reticente; sólo dice que Judas “fue a su propio lugar”. Esta es una expresión muy delicada, ¡y sin embargo cuán terrible! Si la examinamos detenidamente, no podemos pensar otra cosa sino en que fue a la propia boca del infierno. “A su propio lugar”. ¿Qué clase de lugar sería ese al que hace referencia el apóstol San Pedro? Sin duda alguna que el apóstol debió pensar en un lugar al que sólo los traidores tienen acceso; el lugar en que han de encontrarse a gusto los que han llegado a cambiar el amor en odio; y a estas palabras de Pedro si añadimos las de Jesús, descubrimos que debió ser un lugar terrible, pues el Señor dice; refiriéndose a Judas: “Bien le fuera al tal hombre no haber nacido”.

Y la parte más triste en esta horrible tragedia, según mi parecer, fue la inutilidad de ella. ¡Debió ser terrible para Judas cambiarse de amigo en enemigo de Jesús!, ¡debióle ser terrible traicionar a su Señor y Maestro con un beso! Pero si lo consideramos así, debió haber en la actitud de Judas, yéndose a visitar a los sacerdotes y no a Jesús mismo, profunda tristeza. Indudablemente, si se hubiera vuelto a Jesús con arrepentimiento, Jesús lo hubiera perdonado, y en lugar de la respuesta que recibiera de los sacerdotes cuando vino a ellos confesando la traición que acababa de cometer y arrojándoles a los pies de ellos las treinta monedas de plata, en lugar de oír: “¿Y a nosotros qué? ¿Tú verás?” hubiera oído de los labios de Jesús: “Levántate, Judas, tu pecado ha sido perdonado”.

Sabemos que el apóstol Pedro cometió una acción muy semejante a la de Judas. Pedro con Juan siguieron al tumultuoso grupo que había tomado preso a Jesús conduciéndole ante Anás y Caifás y, cuando llegaron al palacio del Sumo Sacerdote, Pedro tuvo miedo de entrar.

Dice Papini en su Vida de Cristo: “Juan, que no era cara nueva para los familiares de Caifás, entró en el palacio casi al mismo tiempo que lo hiciera Jesús; pero Pedro, más vergonzoso o posiblemente miedoso, no quiso entrar y permaneció afuera. Después de algunos momentos, Juan, no viendo al compañero y deseando, tal vez, tenerlo al lado para confortamiento o apoyo salió a la calle y, convenciendo a la portera, ésta lo dejó pasar también; mas al entrar, la fámula reconociéndolo le dijo: “¿No eres tú también de los seguidores del hombre que acaban de traer preso?”, y Pedro sintiéndose casi ofendido, respondióle: “Ni sé ni entiendo lo que quieres decirme... Yo no lo conozco”. Y con Juan se sentó junto a la fogata que habían encendido los soldados en el patio para calentarse, porque la noche era fría. Pero parece que la mujer no se dio por vencida y acercándose a la fogata y mirándolo bien, le dijo: “Tú también estabas con Jesús Nazareno” y Pedro negó nuevamente con juramento, diciendo: “Te digo que no lo conozco”.

La portera volvió a sus quehaceres moviendo la cabeza, pero los hombres que rodeaban la fogata, desconfiando ya, por aquellas calurosas negaciones de Pedro, lo examinaron

detenidamente y le dijeron: "Indudablemente tú debes ser de ellos, porque te delata tu modo de hablar". Entonces Pedro comenzó a jurar y a perjurar afirmando que no conocía a Jesús. Pero otro, pariente de aquel Malco a quien Pedro había cortado la oreja, puso fin a la discusión, con su testimonio: "¿Acaso no te ví en el huerto junto a El?". Y Pedro, ya enviscado en las mentiras, empezó de nuevo a zapatear, protestando de que lo debían confundir con otro y que él no era amigo de aquel hombre que habían tomado preso.

¡Qué terrible pecado el de Pedro! ¡Tan terrible como el de Judas! Es verdad que Judas traicionó al Maestro divino con un beso, mas Pedro lo negó sin cesar en presencia de Sus enemigos. En el mismo momento en que Pedro insistía en sus negativas, Jesús, atado, entre los guardias, atravesaba el patio y oyó las palabras de Pedro Y LO MIRO. Aquella mirada hirió para siempre el pobre corazón convulso del pecador, y aquellos ojos dijeron más cosas y más conmovedoras de las que pudieran decirse con mil palabras.

¿Qué dijo a Pedro aquella mirada de Jesús...? "Si temes por tu vida, Pedro, ¿por qué estás aquí? Si no temes, ¿por qué quieres repudiarme?" "Judas al menos, en su último momento, ha sido más leal que tú: ha venido con mis enemigos... mas no negado conocerme... ¡Simón, Simón, ya te lo había dicho que me dejarías como los demás pero, ahora eres más cruel que ellos! Yo ya te he perdonado en mi corazón; estoy a punto de ser crucificado y perdono a los que me ejecutarán y también te perdono a ti y te amo como te he amado siempre. Pedro, ¿podrás perdonarte a ti mismo?".

El apóstol Pedro bajo el peso de aquella mirada había bajado la cabeza. Una opresión de vértigo y de remordimiento, una consunción intolerable le deshacía: de repente le pareció que se helaba y que toda su persona se consumía en las llamas. Con gran dificultad consiguió ponerse en pie y se dirigió tambaleante hacia la puerta. Apenas estuvo afuera, en la taciturna soledad del crepúsculo, un gallo lejano cantó, y Pedro, a la luz incierta del alba, caminando como un borracho, con la cabeza escondida en su capa... marcha, no como Judas, buscando un árbol para ahorcarse; marcha hacia la soledad para llorar por su pecado. Y, al

verlo llorar, ¡cuántas ganas nos vienen de gritarle: "¡Llora, Simón. Llora ahora que Dios te da gracias para llorar!" "¡Llora por ti y sobre El, llora por tu hermano traidor, llora por tus hermanos fugitivos, llora por la muerte de Aquel que muere también por tu propia alma, llora por todos los que seguirán en tu actitud en el correr de los siglos, renegando de su Libertador y pagarán el rescate con precio de arrepentimiento! ¡Llora por todos los apóstatas, por todos los regenerados, por todos aquellos que como tú dirán: "¡Yo no soy de los suyos!"

¿Quién hay de nosotros que, al menos una vez, no haya hecho lo que hizo Simón Pedro? ¿Cuántos de nosotros, después de haber invocado el nombre de Cristo y de haber doblado las rodillas ante El en oración, no hemos dicho, por miedo a una sonrisa burlona: "¡No, nunca lo he conocido!" ¡Cuánta diferencia en la resolución de Judas al reconocer su pecado y la resolución de Pedro! ¿Cuál es la diferencia entre ambas actitudes?

Pedro lloró amargamente su pecado, se arrepintió y puso su confianza en Jesús; Judas puso su confianza en un lazo corredizo, en vez de ponerla en su Maestro divino. Si únicamente se hubiera vuelto a Jesús como hiciera Pedro, se hubiera podido escribir en la historia de la Resurrección, juntamente con las palabras de Jesús en las que mandó: "¡Id y decidle a mis discípulos y a Pedro", "¡id y decidle a mis discípulos y a Judas".

Y el nombre que hoy consideramos con tanto desprecio hubiera llegado a ser un monumento de la gracia divina.

**Adaptado por Ambrosio L. Muñiz de
"Jesus' Prayer of Confession"**

¿Sabía usted que la población de la India aumentó en los últimos diez años, es decir entre 1961 y 1971, en 108 millones de habitantes? Sólo en este subcontinente viven 564.955.945 personas. Interesante es también este detalle: en el exterior trabajan o estudian 15.000 técnicos e ingenieros indios, 9.000 médicos y 6.000 especialistas del mismo pueblo.